

el estudio histórico de los sistemas y seleccionar lo que la razón aprueba y aún aprovecharse, según hemos explicado anteriormente por el estudio crítico de su génesis, de los errores que la razón desecha, para apreciar mejor las verdades cuya desviación ellos indican.

Entendida así, la filosofía no se confunde con los sistemas; es una, no inmóvil, sino en continuo movimiento, es el fruto creciente de los esfuerzos de las generaciones que se suceden en la historia.

La filosofía no es menos una ciencia actual.

¿Cómo no ha de ser una ciencia, si hace suyas las conquistas obtenidas por la ciencia, es decir, por las ciencias particulares? No ignoramos que se ha intentado muchas veces oponer la ciencia á la filosofía, asignando á la primera la verdad conocida y á la segunda la hipótesis y la quimera. Mr. Torau-Bayle, no se ha atrevido á escribir en este sentido: «La filosofía no es una ciencia, he aquí su única definición: es el hombre investigando en el transcurso de los siglos, para completar lo que ha conseguido de la ciencia, por su imaginación, sus hipótesis ó sus exigencias»? Y en otro lugar: «El conjunto de la filosofía se halla constituido, en suma, por las fluctuaciones; incessantes hasta nuestro tiempo, del espíritu de certeza y del espíritu de duda.» (1).

(1) *Revue politique et parlementaire*, 10 de Junio de 1900, pág. 676.

Evidentemente, si la filosofía fuese esto, no podría denominársela ciencia, supuesto que se hubiera borrado de su definición todo carácter científico. Mas aquí se emplea un procedimiento arbitrario que consiste simplemente en llevar á la definición de la filosofía los prejuicios apriorísticos de Augusto Comte. La comprobación del fenómeno positivo es obra exclusiva de la ciencia, decía Comte; la investigación de las causas, fines de lo absoluto, lleva el nombre de metafísica ó de teología. Mr. Torau-Bayle, denomina «imaginación, hipótesis, creencias, quimera», lo que Comte llama metafísica ó teología; mas, aparte esta diferencia, puramente verbal, los prejuicios del primero no son menos apriorísticos, ni menos agresivos que los del segundo.

La verdad es que la filosofía ha hecho cuerpo con la ciencia, cuyo desenvolvimiento natural es. El espíritu humano no está regido por dos leyes opuestas: una sola ley le domina siempre y en cualquiera objeto á que se aplica su actividad; él observa y analiza los fenómenos, investiga para descubrir las causas, y explicar aquéllos por éstas.

Las necesidades de la división del trabajo exigen que unos se apliquen preferentemente á la observación y á la inducción, es decir, á la explicación inmediata de un grupo reducido de fenómenos, y otros al estudio de las conclusiones más remotas y á una explicación más general del orden de la

009617

naturaleza; empero, en realidad, solamente existe un procedimiento artificial reclamado por el carácter limitadísimo de nuestras fuerzas intelectuales y físicas. Después que sabios y filósofos han cumplido por separado su misión, deben todos juntos aportar su concurso al tesoro común del saber, siendo la más excelsa aspiración del espíritu al propio tiempo que la mejor recompensa de su trabajo, contemplar en una unidad superior en el seno de la cual bórranse las transiciones de las causas inmediatas á las causas últimas, y confúndense los límites de las ciencias y de la metafísica, todos los resultados de la observación y de la reflexión.

Este fué el concepto de Aristóteles, el genio más ilustre de la humanidad, aceptado por Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino, Descartes, Leibniz, Kant; entre nuestros contemporáneos, Mr. Herbert Spencer, Helmholtz, Wundt, han comprendido igualmente la unidad necesaria del saber.

En la forma bajo la cual fué expresada por el fundador del Liceo, perfeccionada y enriquecida por los grandes doctores de la Edad Media, esta concepción de la filosofía ha perdurado á través de los siglos, sin padecer menoscabo en sus tesis fundamentales; tanta es su armonía con el buen sentido y tanto forma la historia lógica de la evolución progresiva de la ciencia.

San Agustín, San Anselmo, Pedro Lombardo, Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino y la pléyade de doctores que en París, en Oxford, en las universidades de Alemania y de Italia, ilustraron los siglos XIII y XIV, han aportado todos uno tras de otro, su piedra á este monumento grandioso del pensamiento; el Renacimiento cubrióle con una capa horrible, desfigurando muchas de sus partes con adicciones; mas, á medida que los trabajadores concienzudos levantan este estuco superficial, reaparece la piedra sólida del edificio primitivo, siendo hoy ya muchos los obreros que se disponen á revocar y concluir la construcción de esta obra secular (1).

(1) En el balance filosófico del siglo XIX, cuyo resumen hemos procurado hacer, ocupa merecidamente un lugar importantísimo la filosofía escolástica, cuyo rejuvenecimiento es, sin ninguna duda, uno de los fenómenos más salientes de los últimos años del siglo. Hombres nada sospechosos de simpatía exagerada por una filosofía, en torno de la cual el Renacimiento ha levantado una verdadera barrera de prejuicios: Trendelenburg, Rodolfo von Ihering, y en nuestros mismos días monsieur Paulsen, en Alemania; los profesores Pierson, van der Wijck, van der Vlugt, en Holanda; Huxley, M. Bain en Inglaterra; MM. Picavet, Boutroux, Tharmin, en Francia, han rendido homenaje á la intensidad y á la fecundidad de los esfuerzos realizados por las escuelas de filosofía neo-escolástica, para hacer conocer mejor y apreciar más justamente las doctrinas vigorosas personificadas por Aristóteles y Santo Tomás de Aquino. En otra parte (a) hemos citado estos testimonios y expuesto el movimiento neo-tomista. No hay para qué repetirlos aquí, siquiera fuera detalladamente.

(a) *Les origines de la Psychologie contemporaine* cap. VIII: El Neo-Tomismo. Louvain y Paris. Alcan, año 1897.

Siendo la filosofía el complemento natural de las ciencias, ¿en qué tiempo fué más propicia á la elaboración del pensamiento filosófico?

Antes del siglo XVIII, ¿á qué se reducía la ciencia, es decir, el conocimiento exacto y cierto de la naturaleza? La observación no transgredía las informaciones naturales de los sentidos; el espíritu intentaba suplir la falta de hechos conocidos por hipótesis, cuya ingeniosidad era hartas veces su único mérito y cuyo valor no podía probar la experimentación.

Hoy, los instrumentos de investigación han centuplicado la potencia del observador; el telescopio de Herschel, la balanza de Lavoisier, el microscopio, el espectroscopio, y esos mil medios de investigaciones, con los que se enriquecen á diario nuestros laboratorios, inquietan en todas sus reconditeces á la naturaleza y critican vigorosamente cada una de las hipótesis que ella sugiere. «El experimentador, hombre de conquistas sobre la naturaleza, se encuentra incesantemente, decía Pasteur, ante fenómenos no manifestados todavía y que no existen, para la mayoría, sino en potencia de surgir en las leyes naturales. Lo desconocido en lo posible y no en lo que ha sido, he aquí su esfera, para explorar la cual, él cuenta con la cooperación del maravilloso método experimental del que puede decirse con justa verdad, no que es suficiente para todo, sino que se equi-

voca muy rara vez y únicamente con aquéllos que le emplean viciosamente. El elimina determinados fenómenos, provocando otros, interroga á la Naturaleza, fórzala á responderle, descansando solamente cuando el espíritu se siente satisfecho plenamente.»

De las ciencias, se han constituido novísimamente la geología, la mineralogía y la cristalografía; la química se ha renovado; la física se perfecciona y en algunas de sus partes, la óptica, por ejemplo, parece haber logrado su perfección; la biología celular y la histología han llevado la luz á los repliegues más profundos de los organismos; la paleontología, la anatomía comparada, la embriología dejan vislumbrar los lazos de unión del mundo vegetal y del mundo animal; el hombre es estudiado íntimamente en todas las manifestaciones de su actividad: la filología, la lingüística y la historia analizan sus obras; la fisiología cerebral, la psicología experimental, bajo diversas formas, escrutan la organización y el funcionamiento de su vida sensible; la psicofísica aplica los métodos experimentales á la determinación precisa del contenido de su conciencia; de todos estos trabajos de análisis, de síntesis brota luz; ¡testimonio, esa maravillosa ley de la equivalencia de las fuerzas de la Naturaleza y de la constancia de la energía en el Universo, conquista científica y filosófica de nuestro siglo!

¡Insensato el metafísico que, en presencia de estos trabajos y de estos progresos, desesperase ó dudara del porvenir!

* * *

¡Ingrato, añadiremos nosotros, é infiel al espíritu de la filosofía que dice profesar, el peripatético ó el tomista, que negasen el respeto debido á las ciencias y la necesidad de estar en contacto permanente con ellas!

¿Hemos de olvidar que la tradición escolástica ha vivido en los siglos XVI y XVII, alejada por completo de todo pensamiento viviente, incurriendo en un descrédito del que, á pesar de sus esfuerzos verdaderamente gigantescos, no se halla hoy todavía libre?

Tengamos muy presente esta lección de la historia. Lejos de nosotros las fanfarronadas orgullosas que disimulan mal la pereza ó la ignorancia, y con harta frecuencia ambas cosas. ¡Lejos, muy lejos de nosotros, las sonrisas estúpidamente victoriosas, cada vez que una hipótesis provisional es impugnada por los hechos! ¿No hemos sufrido muy recientemente la humillación de escuchar los aplausos tributados por miles de católicos, á la palabra más fogosa que ilustre de un hombre que había denunciado confusamente la «bancarota de la ciencia?» No cabe dudar que,

en el campo de la ciencia como en otros muchos, existen charlatanes, tanto más dignos de desprecio, cuanto explotan en provecho de su vanidad ó de su irreligiosidad sectaria un bien de orden más excelso; mas ¿por qué fingir ignorar que, al lado de estos entes, se agita una legión de trabajadores leales que consagran todos sus esfuerzos á la investigación de la verdad, con una constancia y una paciencia merecedoras de todos los respetos? Si queremos comprender bien nuestra misión, advertiremos que, en realidad, estos hombres laboran para nosotros y que, á falta de nuestra admiración, no debemos regatearles nuestro reconocimiento.

Un escritor alemán, el doctor Müller, preguntábase no ha mucho tiempo, ¿qué haría Santo Tomás si conviviese con nosotros? (1).

«Aquél espíritu flexible y tan bien dispuesto para todo lo grande y digno de nuestro conocimiento, se aprovecharía con todo el ardor de su celo de las conquistas de la civilización, á partir de su época; aprendería, aprendería mucho y nos daría una edición corregida de su *Suma*, en la que expondría cuanto no pudo saber en su

(1) *Sat. Thomas und die moderne Wissenschaft*. Este estudio sembrado de defectos, pero que contiene sin embargo más de una idea útil y aprovechable, ha sido publicado en los *Beitraege zur allgemeinen Zeitung*, München 1894, n.º 293.

tiempo, presentándonos ese sistema de Teología que consideramos hoy todavía como fruto maduro de una cultura en evolución, desde hace dos mil años, conforme á la eterna verdad de salud así como á las exigencias más estrictas de la formación intelectual. Aquel noble espíritu tan prudente en sus decisiones, constantemente progresivo, corrigiéndose á sí mismo con harta frecuencia, conforme se verificaba la madurez de su evolución, habría de extrañarse muy mucho viendo como de sus escritos se ha hecho un dogma rígido y muerto, una *meca* de todos los espíritus débiles incapaces de pensar! ¡Aquél pensador tan modesto y tan refractario á cuanto significase la propia deificación, qué reproches no dirigiría á sus discípulos por haber puesto todos sus cuidados en impedir al grano sembrado por él, prender y germinar en plena tierra y en aire pleno, y por haberle dejado secar y momificar en sus trojes y en sus sombrías escuelas, en vez de hacer fructificar con abundancia ese rico tesoro intelectual!»

Los neo-escolásticos deben comunicarse así con los contemporáneos. Averroes, Siger de Brabant, Pierre Olive han muerto, pertenecen á la historia; empero Kant, Spencer, Comte, viven siempre en los medios intelectuales contemporáneos, habiéndose difundido su espíritu por el ambiente que respiramos. Daríamos elocuente testi-

monio de nuestra escasa fé en las propias doctrinas, si vacilásemos en ponerlas frente á frente de aquellas otras con que se tropieza á cada paso.

Y para que nuestro pensamiento retenga la atención de los que nos rodean, hablemos su idioma.

¡Qué tesoros ocultos en los voluminosos tratados escritos en latín! Poco importa que se lamente ó no se lamente esa desgracia; lo cierto es que nuestra generación ha negado al latín todo carácter científico. Así, pues, escribir la filosofía en latín vale tanto como renunciar deliberadamente á hacerse entender por la mayoría de nuestros contemporáneos.

Y no se diga que Santo Tomás, por haber escrito en latín, no puede ser entendido sino en el idioma del Lacio.

Si esto fuera así, ¿por qué no adoptar en el fondo esta lógica, sosteniendo semejantemente que para hacer comprender la filosofía de Platón y de Aristóteles, es necesario presentarlas al público en la lengua original de sus autores?

La pretensión es harto necia en lo que se refiere á los admiradores dóciles del Tomismo que se inclinan respetuosamente ante los comentarios de la física, de la metafísica, y de la moral de Aristóteles por Santo Tomás que no leía el griego!

¿Se dirá, finalmente, que los maestros de la filología alemana no comprenden ó explican mal

á Horacio y Tácito, porque no adoptan como lengua de enseñanza una pésima jerga latina, acaso más distanciada de la lengua del Forum que nuestros idiomas modernos?

Si no queremos comprometer, una vez más, con nuestra imprudencia el desenvolvimiento continuo de la tradición peripatética y tomista, decidámonos con todas las energías á mantener á nuestra filosofía en contacto con las ciencias y con el pensamiento filosófico contemporáneo.

Sepamos igualmente ser modestos. Sepamos ignorar y no respondamos prematuramente á todo.

Este fué uno de los más grandes errores de los escolásticos de la decadencia: no medir los límites del saber y acometer frecuentemente problemas inaccesibles al conocimiento humano con la misma seguridad que una autoridad infalible tiene al definir un dogma (1).

(1) Los escolásticos, aún los de la edad de oro, se hubieran librado de muchas burlas de los filósofos posteriores, si hubiesen sabido en más de una ocasión confesar francamente: *ignoramus*. Ellos disertan *a priori* acerca de la forma, la naturaleza y el movimiento de los cielos; hablan arbitrariamente de la influencia de los astros sobre la imaginación, sobre la generación espontánea, etc. En teología, piérdense en infinitas deducciones conjeturales sobre las condiciones del estado de pura naturaleza, sobre los detalles más nimios de la tentación de nuestros primeros padres, etc.... ¡Cuánto más sá-

Persuadámonos de que no somos los únicos en la posesión de la verdad y que ésta poseída por nosotros no es la verdad absoluta.

Dogmatizante orgulloso, ¿á quién haréis creer vosotros que aquel hombre de génio, cuyo pensamiento se ha comentado y discutido, durante varios siglos, no ha sustentado sino delirios absurdos?

Si los filósofos neo-escolásticos saben sortear y evitar los escollos que hemos intentado trazar, y en los que naufragaron, en los siglos xvi y xvii, juntamente el crédito y la autoridad de sus doctrinas, pueden mirar el porvenir con entera confianza, esperando fundadamente que el siglo xx marcará para sus teorías una era de bienandanza y de progreso.

bia hubiese sido una leal confesión de ignorancia acerca de los diversos temas de cuyo desconocimiento se había conciencia!